

## IV

El capitán de papeles.—Savanilla.—El Bongo.  
Barranquilla

Yo no ignoraba que todo viajero que desembarca en Cartagena, debe visitar el pueblo indiano de Turbaco y el célebre volcán de vino descrito por Humboldt. Mi patrono y mi patrona, dos buenos alemanes que hablaban muy bien todas las lenguas, me arengaban con mil buenas razones para que prolongara mi estancia en la *Fonda del Calamar*. No obstante, habiendo oído hablar de una excelente goleta que partía para Savanilla, resolví aprovechar esta ocasión, que tal vez tardara mucho tiempo en repetirse, y marcharme.

Al amanecer, salté sobre un bote y, remando vigorosamente, me llevaron al «Sirio», cuya elegante carena se balanceaba en medio del puerto. El trato estuvo pronto terminado. El piloto, que estaba acostado en el barco, obedeció la orden de mando y subió sobre el puente; levaron el ancla, desplegaron las velas, y la goleta dobló el cabo hacia Boca Chica; en menos de una hora el «Sirio» estaba en el paso del canal; el piloto, de pie sobre el puente, daba sus órdenes con voz breve; los marinos, prestos á obedecerle, se suspendían de las cuerdas; en cada bordada el cortavolas rozaba casi las rocas, pero, por el impulso del timón y de las

velas, el «Sirio» viraba rápidamente y se volvía en sentido contrario. Por fin, la goleta salió de la cadena de arrecifes, se puso al paio y dos marinos arriaron el bote y condujeron al piloto hasta la orilla.

El «Sirio», construido en Curaçao, tenía una marcha excelente. En algunos minutos dejamos á nuestra espalda las rocas escarpadas de Tierra Bomba y el terrible escollo de Salmedina; luego, bordeando el banco de tierra arenosa, que defiende por Oeste el puerto de Cartagena, vimos la vieja ciudad levantarse, como sobre un pedestal, por encima de la larga línea de sus murallas; luego, nos alejamos poco á poco y desapareció, al fin, detrás del alto promontorio de Punta Canoa. A la otra parte del cabo de este nombre aparecieron vagamente las islas de la Venta de Arepa; después vimos la península abrupta de Galera Zamba. Una vez doblada, el «Sirio» se dirigió en línea recta hacia la entrada del puerto de Savanilla.

Esa rapidez de locomoción y la gallarda forma de su goleta, tenían al capitán Janssen de buen humor y más de una vez hizo circular entre sus marinos la botella de *chicha* (1). El señor Janssen, cosmopolita en cuyas venas tenía sangre de todas las razas establecidas en las Antillas, era un hombre muy diferente de don Jorge. Como él, respetaba á los marinos considerándolos sus iguales, pero éste no se contentaba con gozar de la vida tal como se la presentaba el destino, y trabajaba sin descanso. A pesar de que la ruta que seguíamos era muy conocida por él, no por eso dejaba de consultar la brújula, y continuar el camino, según las cartas geográficas, teniendo en cuenta sus observaciones.

(1) Aguardiente fabricado con jugo de caña.



Cuando le hacía alguna pregunta, me contestaba con laconismo y seguridad. Al ver su frente recta, sus cejas fruncidas y su boca regular, se adivinaba que tenía tanta energía como sus ascendientes los piratas de las Antillas.

Cerca del señor Janssen, un joven, cruelmente atormentado por el mareo, parecía agonizar. Me senté á su lado, sobre unos cabos que le servían de cabecera y le presté algunos cuidados. Creyendo que era un pasajero como yo, le interrogué sobre el objeto de su viaje.

—«*Soy el capitán*» me contestó interrumpiéndome con voz débil.

—¿Cómo? Ese que consulta la brújula en este momento, ¿no es el patrón?

—*Si; pero yo soy el capitán de papel.*

Y me enseñó un certificado, con timbre y rúbrica que le daba en efecto el título de capitán. Ignoro por qué ficción legal estaba condenado á vivir embarcado sobre una goleta, en la que, desde hacía algunos años, se ofrecía el martirio del mareo, sin que su título oficial le diera el derecho ni siquiera de poderse tener de pié.

El pobre cautivo era digno de lástima.

De vez en cuando, volvía sus ojos hacia dos titís que saltaban alegremente sobre las jarcias; pero, los más alegres y graciosos saltos de los dos monos, no conseguían que apareciera en su cara descarnada y triste, el más remoto asomo de risa. Sólo durante la comida, parecía sonreír con los labios, viendo á los diminutos animales saltar alrededor de los platos, apoderarse de las tazas de café ardiendo, meterse por debajo de las cuerdas para absorber el líquido, y salir luego dando gemidos lastimeros.

Después de ocho horas de travesía, llegábamos

frente á la vasta desembocadura llamada Boca Ceniza, brazo principal del río Magdalena, obstruido por algunos bancos y numerosas islas bajas, pobladas de mangles. El capitán se cogió á la barra del timón é hizo pasar su goleta por entre dos bancos de arena, introduciéndose en un canal de agua verde, cargada de residuos vegetales que permitían, no obstante, ver el fondo á tres ó cuatro metros de profundidad. Delante de nosotros, entre una isla de paletuvios y las escarpaciones arcillosas de la costa, se extendía una inmensa laguna donde habla algunos navíos, sujetos sólo por sus áncoras; era el puerto de Savanilla. Sabiendo que este puerto es el que expide al extranjero casi todos los productos de la agricultura y la industria granadina, buscaba con anhelo la ciudad y sus edificios, pero no veía más que una casa blanca, de reciente construcción, para el servicio de aduanas, y que todavía no está habitada. Por fin, me hicieron ver, á orillas del agua, una larga línea de cabañas cubiertas con hojas de palmera, confundiéndose de lejos con el suelo bronceado, sobre el cual estaban construidas: era el pueblo floreciente, cuyo puerto ha heredado la importancia comercial del de Cartagena de las Indias.

Como no estaba todavía acostumbrado á toda clase de albergues, me asusté al pensar en mi alojamiento, viendo aquellas chozas miserables. Era, pues, cuestión de ocuparse desde antes de desembarcar, en dónde hallaría una habitación conveniente para poder descansar, si no de grado, por fuerza. Me tomé la libertad de elegir y mis ojos se fijaron en una choza, algo menor que las demás. Perteneecía, según me dijeron, al señor Hasselbrink, cónsul de Prusia, único residente extranjero de Savanilla. Apenas desembarcado en un pequeño



rompeolas de madera, construido delante del poblado, indiqué la casa del cónsul al negro que se encargó de mi maleta, y le seguí sin detenerme en la aduana, cuyos empleados estarían probablemente durmiendo. Por la plaza se paseaba un anciano, en cuyo tipo reconocí inmediatamente al cónsul. Me dirigí á su casa, sin detenerme en ningún punto, y al entrar resueltamente en ella, recibí en el umbral mismo al propietario embozado, á quien rogué perdonara mi audacia. Sólo estas palabras fueron suficientes. El buen hombre, cogiéndome las dos manos á la vez, me dió cordialmente la bienvenida diciendo: «Mi casa está á su disposición.» Durante toda la tarde me colmó de consejos, y me dió con suma alegría todos los informes que yo le pedía; en cambio, me hizo informarle de varias cuestiones sobre Europa, de donde había salido en 1829, después de haber ido por ferrocarril de Stochport á Portalington, primero y único camino de hierro que existía entonces en Europa. El pobre anciano se entusiasmaba aún al recordar ese viaje, y decía que desde entonces esperaba tranquilo la muerte, por haber visto ese triunfo de la civilización moderna. Cuando llegó la hora del descanso, juntó su hamaca á la mía para continuar la conversación y oírme hablar de los progresos realizados en Europa y América desde 1830. Al día siguiente, él mismo me procuró una embarcación para trasladarme á Barranquilla y me dió una carta de recomendación para su hijo, agente de la compañía inglesa de vapores del río Magdalena.

El poblado de Savanilla no debe su existencia más que á la proximidad de la desembocadura del río, con la cual se comunica su puerto por las lagunas cenagosas del delta.

Como la profundidad de las aguas apenas si

alcanza dos metros, todas las mercancías de las provincias ribereñas, el tabaco, el café, cortezas de quina, etc., deben depositarse lejos de la desembocadura, en los almacenes de Barranquilla y de allí, transportados á Savanilla, donde se embarcan ya en navíos que calan menos de cuatro metros. Cuando la república colombiana sea más rica y previsora que lo es actualmente, se ocupará de la mejora de este puerto. Tendrá que realizar grandes trabajos, porque, impelidas por los vientos alisios, las arenas obstruyen completamente Boca Culebra; pero estos trabajos se recompensarán con creces.

Recientemente se ha construído un ferrocarril de 13 kilómetros entre Barranquilla y su puerto, con objeto de transportar rápidamente pasajeros y mercancías; pero tan necesario como esto, sería hacer un canal por el que pudieran navegar los vapores de mayor porte del río Magdalena y juntar el río con la rada, lejos de las lagunas pantanosas del delta; pero es probable que los comerciantes de Barranquilla combatan durante muchos años aún esta obra, porque les privará de los beneficios que les produce el transbordo de mercancías.

En la época de mi viaje no había entre Savanilla y Barranquilla, ni camino de hierro, ni carretera, ni siquiera una senda. Todos los viajeros estaban condenados á bogar penosamente por canales estrechos é infectos.

La embarcación que me había procurado el señor Hasselbrinck era un gran *bongo*, especie de chalupa con sus miembros desconcertados, y cuyo puente se prolonga un metro hacia fuera por la popa. Cuatro *zambos* atléticos y medio desnudos, dos por cada lado, vueltos de espaldas á la proa,



apoyaban sus hombros cubiertos de callos, sobre largas perchas, cuya punta descansaba en el fondo. En cuanto la señal de marcha fué dada por un *palmada*, apoyaron todo el peso de sus cuerpos sobre las perchas y, gritando acompasadamente ¡*Jesús!* ¡*Jesús!*, se lanzaron al trote desde la proa á la popa del *bongo*, empujándolo hacia adelante; luego volvían rápidamente á la proa, arrastrando consigo las perchas, las hincaban en el fondo, apoyaban de nuevo los hombros en ellas, y repitiendo ¡*Jesús!* ¡*Jesús!* daban un nuevo empuje á la embarcación.

Empujado por sus hombros vigorosos, el *bongo* surcó rápidamente las aguas verdosas del puerto; poco después vimos desaparecer las chozas de Savanilla y la escalera de madera, desde donde el cónsul de Prusia me saludaba con su sombrero.

Así bogamos durante una hora por la inmensa bahía de agua salada, rodeada de pequeños arbustos. Luego de haber pasado las miserables cabañas llamadas de Playón Grande, el *bongo*, alejándose de la orilla, volvió hacia el Norte y el paisaje cambió de aspecto. Estábamos en el agua amarillenta de los pantanos, á la entrada de Caño Hondo. Cañas gigantescas, en grupos compactos, aparecían á cada paso golpeando la cara con sus hojas. Toda la superficie del agua estaba cubierta por anchas hojas de mil formas y colores. Varias capas superpuestas de vegetación obstruían el canal y en la estrecha estela que dejaba el *bongo*, el agua, densificada por miles de hierbas flotantes, aparecía saturada de gérmenes. Los pájaros pescadores se arrojaban en número infinito sobre los grupos de cañas, y á lo lejos aparecía circular un vasto horizonte de grandes árboles.

En medio de una laguna sobre la que pesaba

una atmósfera tibia y fétida, hicieron alto los zambos para almorzar. Sacaron de sus alforjas algunas yucas asadas, restos de pescado, una botella de chicha y me invitaron generosamente á tomar parte en su frugal comida. Acepté con gusto, pero declaró que el apetito me abandonó cuando vi á uno de los anfitriones recoger con la punta de su percha los peces muertos que flotaban sobre el agua, arrojando con desdén aquellos cuya cabeza aparecía surcada por líneas amarillas, en señal de descomposición; luego, guardó cuidadosamente lo que había pescado para la comida.

Una vez terminado el festín, los zambos se apoyaron nuevamente en las perchas, y, repitiendo la cantinela, se abrieron paso á través de las cañas y plantas acuáticas que obstruían la entrada de Caño Hondo. Este canal, extendiéndose en línea recta por el bosque, como una larga calle, tiene una profundidad de seis metros, y en él apenas alcanzaban las perchas el fondo. Afortunadamente, el agua, elevada por una ligera marea, había iniciado algo de corriente y empujaba al *bongo* por la popa. Los árboles juntaban sus copudas cimas sobre nuestras cabezas. Largas lianas verdes, suspendidas de las ramas, llegaban hasta el agua de la corriente y se balanceaban suavemente hacia cualquier lado, según los remolinos; cañas, hojas grandes y flores, detenidas por las raíces de los árboles sobre las orillas del canal, oscilaban lentamente como islas floridas. Los buitres, parados sobre los troncos, nos miraban pasar, fijando en nosotros sus miradas desdeñosas. Por la proa del *bongo*, los cuatro atletas se destacaban sobre el verde sombrío del bosque. A veces, por entre las ramas de los árboles, un rayo de sol doraba las aguas, y, con su luz, hacía brillar las lianas y los



troncos. Después de Caño Hondo, nuestra embarcación atravesó lagunas cuya agua estaba tan cargada de restos vegetales, que en ciertos puntos sólo era cieno espeso donde los barcos dejaban tras sí un hondo surco, produciendo un olor pestilente; luego vinieron otros pantanos de orillas fangosas, donde sólo los cocodrilos y las tortugas pueden abordar sin temor. Un hombre abandonado, sin socorro, no viendo á su alrededor más que agua, cieno y reptiles, sería inmediatamente víctima de su propia desesperación. Esta naturaleza inhospitalaria me hacía temblar y deseaba con impaciencia salir de ella, respirar aire puro y asentar mis pies sobre tierra firme. Por fin, entramos en un estrecho canal abierto por la mano del hombre en un terreno elevado algunas pulgadas sobre la línea de inundaciones. El aire era más puro y me sentí curado de la péfida calentura que había empezado ya á corromper mi sangre.

Un accidente, muy lejos de toda previsión, me obligó á abandonar el bongo y cambiar de locomoción. En una de sus muchas curvas, el canal que seguíamos, apareció completamente obstruido por una enorme caldera, enviada desde Liverpool para uno de los vapores que se estaban construyendo en Barranquilla. Cargada en un bongo, reforzada con gruesos maderos, había tenido que seguir, como nosotros, el camino tortuoso de los pantanos y canales; estaba desde hacía muchos días en marcha y, probablemente, tardaría algún tiempo en llegar.

Tan dolorosamente me sorprendió el aspecto de Savanilla como feliz me hizo el inesperado encuentro de la caldera, que establecía un contraste tan sorprendente entre la naturaleza, entregada al caos desordenado de sus fuerzas sin centro y la

victoriosa industria que endulza la tierra y se convierte en su hermana.

Nunca pudo aplicarse la frase del poeta, «Esto matará aquello» con más oportunidad que al encuentro de la inmóvil caja de hierro, en medio de aquel canal rodeado de inmensos pantanos.

Mis cuatro zambos parlamentaron cordialmente con sus amigos, instalados en la caldera, pero su elocuencia fué inútil, porque el obstáculo que nos interceptaba el camino estuvo allí hasta que una crecida del río Magdalena le puso á flote.

Yo tomé mi partido inmediatamente.

Mientras mis compañeros se acomodaban en la orilla y se comían el pescado, tan singularmente cogido por la mañana, yo me instalé en un tronco de árbol vaciado, que servía de embarcación á un indio que había venido á ofrecer víveres á los de la caldera y le dije que remara en dirección al río, bastante más próximo que yo creía. En menos de media hora, la barca donde yo había tomado pasaje se encontraba en pleno cauce del Magdalena.

En la América central, el Magdalena no cede en importancia más que al río Amazonas, al Orinoco y al Plata; pero yo no podía ver allí todo ese caudal de aguas que me había imaginado: sólo tenía ante mí vista uno de sus brazos, el río Ceniza, cuyas aguas desembocan en él un poco más al Oeste. Este brazo, mucho más grande que nuestros grandes ríos de la Europa occidental, es casi igual al Misisipi; como éste, están sus orillas pobladas de grandes árboles con tupido follaje, y á uno y otro lado se ven, de distancia en distancia, algunas chozas rodeadas de palmeras y de plátanos. Este río, cuyas aguas hace temblar el viento, deshaciendo las olas en pequeñas ondulaciones suaves como rizos, parece menos profundo que su



compañero de la América del Norte; pero, como aquel, está este cargado de aluvión, y no pueden distinguirse los cocodrilos mientras esos monstruos no flotan por la superficie, ó sacan fuera del agua sus enormes bocas llenas de dientes en forma de sierra. Yo pude ver varios de esos animales, que se sumergían cuando se acercaba nuestro esquife.

En el canal que conduce á Barranquilla, los cocodrilos se ven en mayor número todavía. El cadáver ya corrompido de uno de esos gigantes reptiles flotaba en una especie de isla de troncos, sobre los que estaban parados una multitud de buitres, con el cuello ávidamente estirado. En el puesto mismo de Barranquilla ví á unos cuantos hombres bañándose y agitándose de un lado y de otro para evitar la aproximación molesta de un terrible enemigo atraído por sus movimientos.

A medida que nos acercábamos á Barranquilla, mi mirada cambiaba de dirección y muy pronto sólo me fijaba en el pueblo, cuyas líneas de casas blancas distraían mis miradas de toda otra parte. Pequeños muelles, contruídos sobre la orilla del canal, aparecían completamente poblados de bongos, lanchas y canoas; obras en construcción, almacenes donde los indios y los negros amontonaban mercaderías de toda especie, muelles á los cuales aparecían amarrados varios vapores: todo anunciaba el principio de una ciudad que, dentro de pocos años, será una población comercial parecida á las de Europa ó América del Norte. Sobre el muelle de la gran playa donde yo desembarqué, había igual ó más animación que en el puerto: infinidad de bongos iban y venían en todas direcciones cargados de barriles, sacos y cajas; las mujeres llevaban sobre la cabeza cestas de cocos y otros frutos; una multitud entraba y salía constan-

temente de los almacenes, en cuyas puertas los vendedores ambulantes anunciaban sus mercancías á grito pelado. Por entre la gente, ocupada en sus negocios, circulaban niños, casi desnudos, apostrofando á los extranjeros con palabras pronunciadas en inglés con extraña perfección.

Barranquilla, contruído en la orilla de una de las umbrosas ramificaciones del Magdalena, no data más que de ayer, por decirlo así; pero, no obstante, sus progresos sólo pueden compararse con los de una ciudad de los Estados Unidos; tan rápidos han sido en pocos años. Sólo se ven andamios, ladrillo y mortero. Por el número de sus habitantes es mayor que Cartagena, si se tiene en cuenta la numerosa población flotante. Además, la antigua población de Soledad, situada á algunos kilómetros más arriba, en la misma orilla del río, puede ya considerarse como un arrabal de Barranquilla, porque sus habitantes viven únicamente de la industria que les ofrece la ciudad aciente, verdadera capital comercial del Estado de Bolívar.

Por todos los lados, Barranquilla prolonga sus calles, trazadas á cordel y cortadas en ángulos rectos, en dirección al bosque. Sus afueras están rodeadas de jardines y de poéticas chozas. Sus casas, con fachadas de piedra y patios anchurosos, se levantan todas á lo largo del puerto y alrededor de un agran plaza.

La importancia de Barranquilla es debida casi totalmente á los comerciantes extranjeros, ingleses, americanos, alemanes y holandeses que se han establecido en ella estos últimos años, y de la que han hecho el centro de operaciones comerciales y la población más importante de Nueva Granada. Los indios, menos espoleados por el aguijón de las riquezas, y nada iniciados en especulaciones, han



influido muy poco en la fundación de este emporio del Magdalena.

Cuando yo estuve allí, había ya diez vapores navegando, ó en construcción en los diques de carena, donde trabajan cientos de obreros. De estos vapores cinco eran ingleses, tres americanos, uno alemán y otro perteneció á una compañía anglo-granadina, cuyo consignatario y gerente era el señor Harsselbrinck, el hijo del cónsul de Prusia en Savanilla. Este joven, educado en la Universidad de Gœettingue y colaborador del ilustre botánico Neesvon Esembeck, era un verdadero sabio cuya carrera natural era para haber ejercido su profesión en una gran ciudad de Alemania. Sin embargo, y en contra de sus ocupaciones comerciales, cultivaba la ciencia con entusiasmo y había sabido rodearse de un gran número de hombres instruidos, á los cuales tuvo la bondad de presentarme; yo me alegré de saber que todos eran granadinos.

En el gran hotel de Barranquilla, tuve la contrariedad de observar que no había más que extranjeros venidos de todas las partes del mundo y que hablaban en inglés. Madame Hughes, nuestra amable fondista, tenía montada su casa á la europea; tenía el defecto, es cierto, de mantener en su hotel la ridícula etiqueta británica, pero yo le perdonaba esta falta en honor al buen gusto que acusaba haciéndonos comer en un patio, cerca de un salto de agua que iba á caer sobre una pila de mármol, produciendo un ruido argentino; la mesa estaba bajo unos árboles cubiertos de olorosas flores, en los cuales, los pájaros moscas volaban produciendo un alegre susurro. De noche, al abrir los ojos, veía soñando los arabescos que la luz de la luna, al pasar por entre las ramas de los árboles,

dibujaba en los pilares; me pareció vivir como las estrellas, bajo la vía lactea, centelleando vagamente á través del ondulante follaje.